

La chica que soñaba
con una cerilla
y un bidón de gasolina

MILLENNIUM 2

Stieg Larsson



La chica que soñaba con una cerilla y un bidón de gasolina

MILLENNIUM 2

Stieg
Larsson

Traducción del sueco
de Martin Lexell
y Juan José Ortega Román

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín

Título original:

Flickan som lekte med elden

© Stieg Larsson, 2008

Publicado originalmente por Norstedts, Suecia, 2006.

Publicado por acuerdo con la Norstedts Agency

© Ediciones Destino, S.A.

Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona

www.edestino.es

© de la traducción, Martin Lexell y Juan José Ortega Román

Primera edición: junio de 2008

Impreso en España-Printed in Spain

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*

Prólogo

Estaba atada con correas de cuero a una estrecha litera con una estructura de acero templado. El correaje le oprimía el tórax. Se hallaba boca arriba. Tenía las manos esposadas paralelamente al cuerpo.

Hacía mucho tiempo que había desistido de todo intento de soltarse. Estaba despierta pero con los ojos cerrados. Si los abriera sólo vería la oscuridad; la única luz existente era un tímido rayo que se filtraba por encima de la puerta. Tenía mal sabor de boca y ansiaba lavarse los dientes.

Una parte de su conciencia aguardaba el sonido de unos pasos que anunciaran la llegada de él. Ignoraba qué hora de la noche era, pero le parecía que empezaba a ser demasiado tarde para que él la visitara. Una repentina vibración de la cama le hizo abrir los ojos. Era como si una máquina se hubiese puesto en marcha en algún lugar del edificio. Unos segundos después ya no estaba segura de si se trataba de un ruido real o de si se lo había imaginado.

Tachó un día más en su mente.

Era el número cuarenta y tres de su cautiverio.

Le picaba la nariz y giró la cabeza de tal manera que pudo rascarse contra la almohada. Sudaba. En la habitación hacía calor y el aire resultaba sofocante. Llevaba un sencillo camisón que se le arrugaba en la espalda. Al mover

la cadera pudo atrapar la prenda con los dedos índice y corazón para ir la bajando, centímetro a centímetro, por uno de los lados. Repitió el procedimiento con la otra mano. Pero el camisón presentaba todavía un pliegue en la parte inferior de la espalda. El colchón estaba arrugado y no era nada confortable. A causa de su absoluto aislamiento, todas las pequeñas impresiones, en las que en otras circunstancias no habría reparado, se intensificaban considerablemente. El correaje estaba lo bastante flojo como para que pudiera cambiar de postura y ponerse de lado, pero le resultaba incómodo, ya que entonces debía tener una mano en la espalda y se le dormía el brazo.

No tenía miedo. En cambio, sentía una rabia contenida cada vez mayor.

Al mismo tiempo, le atormentaban sus propios pensamientos, que se transformaban constantemente en desagradables fantasías sobre lo que iba a ser de ella. Odiaba esa forzada indefensión. Por mucho que intentara concentrarse en otra cosa para pasar el tiempo y olvidarse de su situación, la angustia siempre acababa por aflorar. Flotaba en el aire como una nube de gas que amenazaba con penetrar por sus poros y envenenar su existencia. Había descubierto que la mejor manera de mantener alejada esa angustia era imaginándose algo que le transmitiera una sensación de fuerza. Cerró los ojos y evocó el olor a gasolina.

Él estaba sentado en un coche con la ventanilla bajada. Ella se acercó corriendo, echó la gasolina al interior y encendió una cerilla. Fue cuestión de segundos. Las llamas surgieron en el acto. Él se retorció de dolor mientras ella oía sus gritos de horror y sufrimiento. También pudo sentir el olor de la carne quemada y otro más intenso, a plástico y espuma, producido por los asientos, que se estaban carbonizando.

Es probable que se hubiera quedado transpuesta, porque no percibió sus pasos, pero se despertó nada más abrirse la puerta. La luz la deslumbró.

Él había llegado a pesar de todo.

Era alto. Ella ignoraba su edad, pero se trataba de una persona adulta. Pelo enmarañado de color caoba, gafas de montura negra y una perilla poco poblada. Olfía a colonia.

Odiaba su olor.

Permaneció callado al pie de la litera contemplándola durante un largo instante.

Odiaba su silencio.

Su cara se hallaba en la penumbra; ella sólo apreciaba su silueta. De repente le habló. Tenía una voz grave y clara que acentuaba cada palabra con pedantería.

Odiaba su voz.

Le dijo que, como hoy era su cumpleaños, la quería felicitar. El tono de su voz no resultaba ni antipático ni irónico. Más bien neutro. Ella imaginó que él sonreía.

Lo odiaba.

Se acercó más y bordeó la litera hasta el cabecero. Le puso el dorso de su mano húmeda en la frente y, con un gesto que tal vez pretendía ser amable, le pasó los dedos por el nacimiento del pelo. Era su regalo de cumpleaños.

Odiaba que la tocara.

Él le habló. Ella lo vio mover la boca pero se aisló del sonido de su voz. No quería escuchar. No quería contestar. Le oyó elevar el tono. Un deje de irritación ante su falta de respuesta se había infiltrado en su voz. Le habló de confianza mutua. Al cabo de varios minutos se calló. Ella ignoró su mirada. Luego él se encogió de hombros y empezó a ajustarle las correas de cuero. Le apretó el correaje un agujero más sobre el pecho y se inclinó sobre la joven.

De repente, del modo más brusco que pudo y hasta donde las correas le permitieron, ella se giró a la izquierda, alejándose de él. Subió las rodillas hasta la barbilla e intentó pegarle una fuerte patada en la cabeza. Apuntó a la nuez y, con la punta del dedo de un pie, le dio en algún sitio por debajo de la barbilla, pero como él estaba prevenido, ya había apartado el cuerpo, de modo que todo se quedó en un ligero golpe apenas perceptible. Intentó darle otra patada, pero él ya se encontraba fuera de su alcance.

Dejó caer las piernas sobre la litera.

La sábana colgaba de la cama hasta el suelo. El camión se le había subido muy por encima de las caderas.

Permaneció quieto largo tiempo sin decir nada. Luego dio la vuelta a la litera y cogió el correaje de los pies. Ella intentó subir las piernas pero él le agarró un tobillo; con la otra mano le bajó la rodilla a la fuerza y le aprisionó el pie con la correa. Pasó al lado contrario de la cama y le inmovilizó también el otro pie.

De ese modo ella quedaba completamente indefensa.

Recogió la sábana del suelo y la tapó. La contempló en silencio durante dos minutos. En la penumbra ella pudo sentir su excitación, a pesar de que él fingió no tenerla y de que no se la mostró. Pero seguramente estaba teniendo una erección. Ella sabía que él deseaba acercar una mano y tocarla.

Luego él dio media vuelta, salió y cerró la puerta. Lo oyó echar el cerrojo, cosa completamente innecesaria, ya que ella no tenía ninguna posibilidad de soltarse.

Se quedó varios minutos contemplando el fino rayo de luz que asomaba por encima de la puerta. Luego se movió intentando hacerse una idea de lo apretadas que estaban las correas. Fue capaz de subir un poco las rodillas pero tanto las correas de los pies como el resto del

correa se tensaron en el acto. Se relajó. Permaneció completamente quieta mirando al vacío.

Aguardaba. Fantaseó con un bidón de gasolina y una cerilla.

Lo vio empapado de gasolina. Podía sentir físicamente la caja de cerillas en la mano. La movió. Produjo un sonido áspero y seco. La abrió y eligió una. Le oyó decir algo pero hizo oídos sordos y no escuchó sus palabras. Vio la expresión de su rostro cuando acercó la cerilla al rascador. Oyó el chasquido del fósforo contra el rascador. Fue como el estallido prolongado de un trueno. Vio cómo todo ardía en llamas.

Una dura sonrisa se dibujó en sus labios. Se armó de paciencia.

Esa noche cumplía trece años.

PRIMERA PARTE

Ecuaciones irregulares

Del 16 al 20 de diciembre

Una ecuación es designada en función de la potencia más alta (el valor del exponente) de las incógnitas que forman parte de ella. Si la potencia es uno, se trata de una ecuación de primer grado; si es dos, nos hallamos ante una ecuación de segundo grado, y así sucesivamente. Las ecuaciones de grado mayor a uno ofrecen varias soluciones a las incógnitas. Estas soluciones se llaman raíces.

Ecuación de primer grado (ecuación lineal):

$$3x - 9 = 0 \text{ (RAÍZ: } x = 3\text{)}$$

Capítulo 1

Jueves, 16 de diciembre –
Viernes, 17 de diciembre

Lisbeth Salander se deslizó las gafas de sol hasta la punta de la nariz y entornó los ojos bajo el ala del sombrero de playa. Vio a la mujer de la habitación 32 salir por la entrada lateral del hotel y dirigirse a una de las tumbonas a rayas verdes y blancas que se hallaban junto a la piscina. Su mirada se concentraba en el suelo y sus piernas parecían inestables.

Hasta ese momento, Salander sólo la había visto de lejos. Le echaba unos treinta y cinco años, pero su aspecto podía situarla en cualquier edad comprendida entre los veinticinco y los cincuenta. Tenía una media melena castaña, un rostro alargado y un cuerpo maduro como sacado de un catálogo de venta por correo de ropa interior femenina. Calzaba chanclas y lucía un biquini negro y unas gafas de sol con cristales violeta. Era norteamericana y hablaba con un acento sureño. Llevaba un sombrero de playa amarillo que dejó caer al suelo junto a la hamaca justo antes de hacerle una señal al camarero del bar de Ella Carmichael.

Lisbeth Salander se puso el libro en el regazo y bebió un sorbo de café antes de alargar la mano para coger el paquete de tabaco. Sin girar la cabeza desplazó la mirada hacia el horizonte. Desde el sitio en el que se encontraba, en la terraza de la piscina, podía ver un pedazo del mar del Caribe a través de un grupo de palmeras y

rododendros que había junto a la muralla de delante del hotel. A lo lejos, un barco de vela navegaba hacia el norte, rumbo a Santa Lucía o Dominica. Algo más allá pudo apreciar la silueta de un carguero gris que se dirigía hacia el sur, de camino a Guyana o algún país vecino. Una leve brisa luchaba contra las altas temperaturas de la mañana, pero Lisbeth sintió cómo una gota de sudor le resbalaba lentamente hacia la ceja. A Lisbeth Salander no le gustaba achicharrarse al sol. En la medida de lo posible había pasado los días a la sombra, de modo que ahora se encontraba cómodamente instalada bajo un toldo. Aun así, estaba más tostada que una almendra. Llevaba unos pantalones cortos de color caqui y una camiseta negra de tirantes.

Escuchaba los extraños sonidos de los *steel pans* que salían de los altavoces colocados junto a la barra. La música nunca le había interesado lo más mínimo, y no sabía diferenciar a Sven-Ingvars de Nick Cave, pero los *steel pans* la fascinaban. Le parecía increíble que alguien fuera capaz de afinar un barril de petróleo y más increíble todavía que ese barril pudiera emitir sonidos controlables que no se parecían a nada. Se le antojaban mágicos.

De repente, se sintió irritada y volvió a desviar la mirada hacia la mujer a la que acababan de ponerle en la mano una copa de una bebida de color naranja.

No era el problema de Lisbeth Salander, pero no entendía por qué la mujer aún seguía allí. Durante cuatro noches, desde que llegó aquella pareja, Lisbeth Salander había escuchado esa especie de terror de baja intensidad que se producía en la habitación contigua. Había percibido llantos, indignadas voces bajas y, en alguna ocasión, el sonido de unas bofetadas. El autor de los golpes —Lisbeth suponía que se trataba del marido— rondaba los cuarenta años. Tenía el pelo oscuro y liso, peinado a la antigua, con la raya en medio, y parecía hallarse en Granada por razones profesionales. Lisbeth

Salander desconocía la naturaleza de sus actividades profesionales, pero todas las mañanas el hombre aparecía pulcramente vestido con corbata y americana y tomaba café en el bar del hotel para luego coger su maletín e introducirse en un taxi.

Regresaba por la tarde, y entonces se bañaba y se quedaba con su mujer en la piscina. Solían cenar juntos en lo que podría considerarse una convivencia sumamente apacible y llena de cariño. Puede que la mujer se tomara una o dos copas de más, pero su ebriedad no molestaba ni llamaba la atención.

Las peleas de la habitación contigua empezaban rutinariamente entre las diez y las once de la noche, más o menos a la misma hora a la que Lisbeth se metía en la cama con un libro que versaba sobre los misterios de las matemáticas. Pero aquello no podía definirse como malos tratos graves. Por lo que Lisbeth pudo percibir a través de la pared, no hacían más que retomar un día tras otro la misma interminable y machacona discusión. La noche anterior Lisbeth no había podido resistir la tentación y se asomó, a través de la puerta abierta del balcón de la pareja, para averiguar de qué iba todo aquello. Durante más de una hora, el hombre deambuló por la habitación reconociendo que era un cabrón que no se la merecía y repitiendo sin cesar que ella seguramente pensaba que él era un falso. Ella le respondía que no e intentaba tranquilizarlo. El hombre siguió insistiendo, de manera cada vez más intensa, hasta que la zarandeó. Al final, ella le contestó lo que él quería oír: «Sí, eres un falso». Aquella confesión provocada le sirvió como pretexto para atacarla y meterse con su vida y su forma de ser. La llamó puta, una palabra contra la cual Lisbeth Salander, sin dudarlo ni un momento, habría tomado medidas en el caso de que la acusación se hubiera dirigido a ella. Sin embargo, ése no era el caso; no era su problema, de modo que le costó decidir si, de una manera u otra, debía actuar o no.

Lisbeth, asombrada, había estado escuchando las repetitivas e hirientes palabras del hombre, que, de repente, se transformaron en algo que sonó como una bofetada. Ya se había decidido a salir al pasillo del hotel para derribar la puerta de una patada cuando se hizo el silencio en la habitación.

Ahora, al contemplar a la mujer junto a la piscina, observó que tenía un ligero moratón en el hombro y un arañazo en la cadera, pero ningún daño llamativo.

Nueve meses antes, Lisbeth había leído un artículo de la revista *Popular Science*, que alguien se había olvidado en el aeropuerto Leonardo da Vinci de Roma. Y de repente se sintió extrañamente fascinada por un tema tan raro y desconocido como la astronomía esférica. De forma completamente impulsiva, visitó la librería universitaria de Roma y compró algunos de los tratados fundamentales sobre el tema. Para comprender la astronomía esférica, sin embargo, se había visto obligada a adentrarse en los más intrincados misterios de las matemáticas. En sus viajes de los últimos meses, a menudo había visitado librerías universitarias buscando más libros sobre la materia.

Los libros estuvieron un buen tiempo metidos en su maleta, y sus estudios fueron asistemáticos y desprovistos de objetivos concretos hasta que entró en la librería universitaria de Miami y salió con *Dimensions in Mathematics*, del doctor L. C. Paranault (Harvard University Press, 1999). Dio con el tomo poco antes de bajar a Florida Keys para emprender su viaje por las islas del Caribe.

Había recorrido Guadalupe (dos días en un agujero inmundo), Dominica (agradable y relajada, cinco días), Barbados (un día en un hotel norteamericano donde no se sintió, en absoluto, bienvenida) y Santa Lucía (nueve días). En ese último lugar podría haberse quedado más

tiempo si no se hubiese enemistado con un joven y tonto chorizo local que rondaba por el bar de su hotel, situado en un callejón. Un día, Lisbeth perdió la paciencia y le dio en la cabeza con un ladrillo, pagó, se marchó del hotel y cogió un *ferry* rumbo a Saint George's, la capital de Granada. Un país del que no había oído hablar antes de subir a bordo del barco.

Desembarcó hacia las diez de la mañana de un día de noviembre, en medio de una torrencial lluvia tropical. Gracias a *The Caribbean Traveller* se enteró de que Granada era conocida como Spice Island, la isla de las especias, y que era uno de los productores de nuez moscada más importantes del mundo. Tenía ciento veinte mil habitantes, pero unos doscientos mil granadinos más residían en Estados Unidos, Canadá o Inglaterra, lo cual daba una idea de las posibilidades de trabajo de su tierra patria. El paisaje era montañoso, dispuesto en torno a un volcán apagado, el Grand Etang.

Históricamente, Granada era una de las muchas e insignificantes antiguas colonias británicas. En 1795 el país llamó la atención, políticamente hablando, cuando un ex esclavo liberado llamado Julian Fedon, inspirado por la revolución francesa, inició una revuelta que hizo que la corona británica mandara tropas para descuartizar, acribillar a tiros, colgar y mutilar a numerosos rebeldes. Lo que conmocionó al gobierno colonial fue que muchos blancos pobres, sin el menor respeto por la etiqueta o la segregación racial, se habían unido a la rebelión. La revuelta fue aplastada pero nunca consiguieron atrapar a Fedon, que desapareció en el macizo montañoso del Grand Etang, donde su leyenda creció hasta adquirir dimensiones robinhoodianas.

Casi doscientos años después, en 1979, el abogado Maurice Bishop inició una nueva revolución que, según

el guía, estaba inspirada en «*the communist dictatorships in Cuba and Nicaragua*», pero de la cual Lisbeth Salander se había formado una imagen completamente distinta gracias a Philip Campbell —profesor, bibliotecario y predicador baptista—, a quien le alquiló la casa de invitados durante los primeros días. La historia se podría resumir de la siguiente manera: Bishop fue un líder genuinamente popular que derrocó a un dictador loco, entusiasta, para más inri, de los ovnis, y que dedicó parte del pobre presupuesto nacional a perseguir platillos volantes. Bishop abogaba por una democracia económica e introdujo, antes de ser asesinado en 1983, la primera legislación del país a favor de la igualdad de sexos.

Tras su asesinato —una masacre de unas ciento veinte personas, incluido el ministro de Asuntos Exteriores, la ministra de Asuntos Femeninos y algunos importantes líderes sindicales—, Estados Unidos invadió el país e instauró la democracia. Para Granada, eso significó que el nivel de paro aumentara de un seis a casi un cincuenta por ciento y que el negocio de la cocaína volviera a ser la principal fuente de ingresos. Philip Campbell había negado con la cabeza al oír la descripción de la guía de Lisbeth y le dio buenos consejos sobre las personas y los barrios que debería evitar una vez anocheciera.

Para Lisbeth Salander, ese tipo de advertencias resultaba bastante inútil. No obstante, había procurado mantenerse al margen de la criminalidad de Granada al enamorarse de Grand Anse Beach, una playa poco frecuentada de diez kilómetros de largo, justo al sur de Saint George's, donde podía caminar durante horas sin encontrarse con nadie. Se había mudado a Keys, uno de los pocos hoteles norteamericanos de Grand Anse, y llevaba siete semanas allí, sin hacer gran cosa aparte de caminar por la playa y comer *chinups*, la fruta local, cuyo sabor le recordaba a las amargas grosellas espinosas suecas, con gran deleite.

Era temporada baja y apenas una tercera parte de las habitaciones del Keys Hotel se hallaba ocupada. El único problema fue que su paz y sus distraídos estudios de matemáticas fueron repentinamente interrumpidos por el discreto terror de la habitación vecina.

Mikael Blomkvist puso el dedo índice en el timbre de la puerta del piso de Lisbeth Salander, en Lundagatan. No esperaba que abriera, pero había adquirido la costumbre de pasar por su casa un par de veces al mes para ver si había alguna novedad. Al empujar con los dedos la trampa del buzón pudo entrever un montón de publicidad. Eran más de las diez de la noche y estaba demasiado oscuro como para precisar cuánto había aumentado el número de octavillas desde la última vez.

Se quedó indeciso un instante en el rellano de la escalera antes de dar la vuelta, algo frustrado, y abandonar el inmueble. Volvió a su casa de Bellmansgatan caminando a paso lento, puso la cafetera eléctrica y abrió los periódicos vespertinos mientras ojeaba la edición nocturna de *Rapport*. Se sentía ligeramente preocupado y, por enésima vez, se preguntó qué había ocurrido realmente.

Un año antes, durante las fiestas de Navidad, había invitado a Lisbeth Salander a su casita de Sandhamn. Allí dieron largos paseos mientras hablaban tranquilamente sobre las consecuencias de los dramáticos acontecimientos en los que ambos se acababan de ver implicados y que Mikael vivió como algo que, *a posteriori*, consideraría una crisis vital. Condenado por difamación, había pasado un par de meses en la cárcel, su carrera profesional como periodista se había hundido en el lodo y había abandonado el puesto de editor jefe de la revista *Millennium* con el rabo entre las piernas. Pero de la noche a la mañana, todo cambió. El encargo de redactar

la autobiografía del industrial Henrik Vanger, cosa que constituyó una terapia descabelladamente bien pagada, se convirtió de pronto en la desesperada búsqueda de un astuto y desconocido asesino en serie.

Durante esa persecución conoció a Lisbeth Salander. Distraídamente, Mikael se puso a toquetear la leve cicatriz que le había dejado la soga bajo la oreja izquierda. Lisbeth no sólo le había ayudado a dar con el asesino, sino que, literalmente, le había salvado la vida.

Una vez tras otra lo sorprendió con sus curiosas habilidades: su memoria fotográfica y sus extraordinarios conocimientos informáticos. Mikael Blomkvist se consideraba relativamente competente en la materia, pero Lisbeth Salander manejaba los ordenadores como si estuviera aliada con el mismísimo diablo. Poco a poco se había ido dando cuenta de que ella era una *hacker* de categoría mundial y de que dentro de aquel exclusivo club internacional que se dedicaba a actividades delictivas a través de la informática, ella constituía una leyenda, aunque sólo fuera conocida con el pseudónimo de *Wasp*.

Fue la capacidad de Lisbeth para entrar y salir de los ordenadores ajenos lo que le dio a Mikael el material que necesitaba para convertir su fracaso periodístico en el caso Wennerstrom: un *scoop* mediático que un año después seguía siendo objeto de investigaciones policiales internacionales sobre la delincuencia económica y le brindaba la oportunidad de visitar regularmente los estudios de televisión.

Un año antes había vivido ese *scoop* con una satisfacción colosal: supuso una venganza personal y la manera de salir de la marginación profesional en la que se encontraba. Pero aquella satisfacción desapareció enseguida. Antes de que transcurrieran un par de semanas ya estaba harto de contestar a las mismas preguntas de los periodistas y de los policías de la brigada de delitos

económicos. «Lo siento pero no puedo revelar mis fuentes.» Un día, un periodista del *Azerbajdzjan Times*, que se publicaba en inglés, se tomó la molestia de ir a Estocolmo sólo para hacerle las mismas preguntas tontas; ésa fue la gota que derramó el vaso. Mikael había reducido al mínimo el número de entrevistas, y durante los últimos meses, con escasas excepciones, sólo aceptaba una entrevista cuando lo llamaba y lo convencía «la de TV4». Pero eso únicamente sucedía si la investigación entraba claramente en una nueva fase.

La colaboración de Mikael con «la de TV4» poseía, además, otra dimensión completamente distinta. Ella había sido la primera periodista en apostar por la noticia; sin su labor la noche en que *Millennium* publicó el *scoop*, probablemente la historia no hubiese tenido tanto impacto. Mikael se enteró tiempo después de que ella se había visto obligada a luchar con uñas y dientes para convencer a la redacción de que le hicieran un hueco a la noticia. Hubo una resistencia masiva a hacer publicidad del sinvergüenza de *Millennium*, y hasta la emisión misma no tuvo la certeza de que todo el ejército de abogados de la redacción le dejara contar el caso. Varios de sus compañeros de más edad habían votado en contra y le advirtieron que si se equivocaba, su carrera profesional se habría acabado. Ella insistió y aquello se convirtió en la noticia del año.

La primera semana cubrió personalmente la información —se trataba, de hecho, de la única periodista que se había puesto al tanto del tema—, pero unos días antes de Navidad, Mikael se dio cuenta de que tanto los comentarios como los nuevos enfoques de la historia habían sido transferidos a sus colegas masculinos. Durante el fin de año, Mikael se enteró de que ella simplemente había sido apartada a codazos del tema con la excusa de que una historia tan importante debía ser llevada por los periodistas serios de economía y no por una

niñata de Gotland, de Bergslagen o de donde coño fuera. La siguiente vez que los de TV4 le llamaron para pedirle unas declaraciones, Mikael se limitó a decir que sólo aceptaría si era ella quien le hacía las preguntas. Transcurrieron unos días de mohíno silencio antes de que los chavales de TV4 claudicaran.

El decreciente interés de Mikael por el caso Wennerström coincidió con la desaparición de Lisbeth Salander de su vida. Seguía sin entender qué había sucedido.

Se despidieron el día después de Navidad y no la vio durante los días anteriores a Nochevieja. Una noche antes la telefoneó, pero ella no contestó.

En Nochevieja Mikael acudió a su casa dos veces y llamó a la puerta. La primera vez había luz en su piso, pero ella no abrió. La segunda, el piso se encontraba a oscuras. El día de Año Nuevo volvió a llamarla, en vano. A partir de entonces lo único que escuchó fue que el abonado no estaba disponible.

Durante los días sucesivos la vio dos veces. Como no había podido contactar con ella por teléfono, una tarde, a principios de enero, fue a su casa y se sentó a esperarla en la escalera, ante su misma puerta, con un libro en la mano. Permaneció allí pacientemente durante cuatro horas, hasta que ella apareció, poco antes de las once de la noche. Llevaba un cartón marrón y se paró en seco al verle.

—Hola, Lisbeth —la saludó, mientras cerraba el libro.

Ella lo contempló, inexpresiva, sin el menor atisbo de dulzura o amistad en la mirada. Luego pasó por delante de él e introdujo la llave en la puerta.

—¿Me invitas a un café? —preguntó Mikael.

Ella se volvió y le dijo en voz baja:

—Vete. No quiero volver a verte.

Luego le dio con la puerta en las narices a un Mikael Blomkvist inmensamente asombrado. La oyó echar la llave por dentro.

La segunda vez que la vio fue sólo tres días más tarde. Iba en metro desde Slussen hasta T-Centralen y, al detenerse el tren en Gamla Stan, miró por la ventanilla y la vio en el andén, a menos de dos metros. La descubrió exactamente en el mismo momento en el que las puertas se cerraban. Durante cinco segundos, ella, antes de darse la vuelta, echar a andar y desaparecer de su campo de visión, justo cuando el tren se puso en marcha, lo atravesó con la mirada como si fuese transparente.

El mensaje no daba lugar a malentendidos. Lisbeth Salander no quería tener ninguna relación con Mikael Blomkvist. Lo había eliminado de su vida con la misma eficacia con la que suprimía archivos de su ordenador, sin más explicaciones. Había cambiado su número de móvil y no contestaba al correo electrónico.

Mikael suspiró, apagó el televisor, se acercó a la ventana y se puso a contemplar el Ayuntamiento.

Se preguntaba si obstinándose en pasar por su casa con regularidad estaba actuando correctamente. La actitud de Mikael siempre había sido quitarse del medio cuando una mujer daba señales tan claras de no querer saber nada de él. Creía que no respetarla sería sinónimo de falta de consideración hacia ella.

Mikael y Lisbeth se habían acostado. Pero fue ella quien tomó la iniciativa, y la relación duró seis meses. Que ella hubiera decidido acabar la historia tan sorprendentemente como la empezó no suponía ningún problema para Mikael. Era asunto suyo. Mikael no tenía inconveniente alguno en aceptar el papel de ex novio —suponiendo que lo hubiera sido—, pero ese total rechazo por parte de Lisbeth Salander lo desconcertaba.

No estaba enamorado de ella —eran más o menos tan incompatibles como podrían serlo dos personas cualquiera—, pero la quería mucho y echaba de menos a esa mujer tan jodidamente difícil. Había creído que su amistad era recíproca. En resumen, se sentía como un idiota.

Permaneció junto a la ventana un buen rato.

Al final se decidió.

Si Lisbeth Salander lo odiaba tanto que ni siquiera podía saludarlo cuando se cruzaban en el metro, entonces era que su amistad tal vez se había acabado y que el daño resultaba ya irreparable. A partir de ahora no tomaría ninguna iniciativa para volver a contactar con ella.

Lisbeth Salander consultó su reloj y constató que, a pesar de hallarse sentada a la sombra, estaba empapada de sudor. Eran las diez y media de la mañana. Memorizó una fórmula matemática de tres líneas de largo y cerró el libro *Dimensions in Mathematics*. Acto seguido cogió de la mesa la llave de la habitación y el paquete de tabaco.

Su habitación se encontraba en la segunda planta, que era, además, el último piso del hotel. Se quitó la ropa y se metió en la ducha.

Una lagartija verde de veinte centímetros la miró fijamente desde la pared, a poca distancia del techo. Lisbeth Salander le devolvió la mirada pero no hizo ningún amago de espantarla. Las lagartijas estaban por toda la isla y se colaban en las habitaciones a través de las persianas venecianas de las ventanas abiertas, por debajo de las puertas o a través del ventilador. Se sentía a gusto con una compañía que, sobre todo, la dejaba en paz. El agua estaba fría pero no gélida, de modo que permaneció bajo la ducha durante cinco minutos para refrescarse.

Cuando volvió a salir a la habitación se detuvo desnuda delante del espejo del armario y, extrañada, examinó su cuerpo. Seguía pesando apenas unos cuarenta kilos y medía poco más de un metro y cincuenta centímetros. Qué le iba a hacer. Sus miembros eran delgados como los de una muñeca; sus manos, pequeñas. Y apenas tenía caderas.

Pero ahora sí tenía pechos.

Siempre había tenido el pecho plano, como si todavía no hubiese entrado en la pubertad. Dicho llanamente: tenía una pinta ridícula y siempre le había parecido desagradable mostrarse desnuda.

De repente había echado pechos. No dos grandes melones (cosa que no deseaba y que, con su cuerpo flaco, habría sido aún más irrisorio), sino dos pechos firmes y redondos de tamaño medio. El cambio se había efectuado con cuidado y las proporciones eran completamente razonables. Pero la diferencia resultaba radical, tanto para su aspecto como para su bienestar personal.

Había pasado cinco semanas en una clínica de las afueras de Génova para hacerse con los implantes que constituirían la base de sus futuros pechos. Había elegido la clínica y los médicos más prestigiosos de Europa. Su médica, una mujer encantadora y dura de pelar, llamada Alessandra Perrini, había concluido que sus pechos no se habían desarrollado bien y que, por lo tanto, se podría realizar un aumento atendiendo a razones médicas.

La intervención no había estado exenta de dolor, pero los pechos mostraban un aspecto completamente natural, y las cicatrices apenas eran perceptibles. No se había arrepentido de su decisión ni un solo segundo. Estaba contenta. Seis meses después seguía sin poder pasar ante un espejo desnuda de cintura para arriba sin asombrarse y constatar con alegría que su calidad de vida había aumentado.

Durante el tiempo que pasó en la clínica de Génova también se hizo borrar uno de sus nueve tatuajes, el de la avispa de dos centímetros del lado derecho del cuello. Apreciaba sus tatuajes, sobre todo el del dragón grande que le descendía desde el omoplato hasta la nalga, pero, aun así, había tomado la decisión de deshacerse del de la avispa. La razón se debía a que resultaba tan evidente y

llamativo que la convertía en alguien fácil de recordar e identificar. Lisbeth Salander no quería ser recordada ni identificada. El tatuaje se había eliminado mediante láser, de modo que cuando se pasaba el dedo índice por el cuello podía sentir una leve cicatriz. Una mirada algo más de cerca revelaba que su bronceada piel presentaba un aspecto ligeramente más claro en el lugar donde había estado el tatuaje, pero a simple vista no se apreciaba nada. En total, su estancia en Génova le había costado ciento noventa mil coronas.

Pero ella se lo podía permitir.

Dejó de soñar delante del espejo y se puso unas bragas y un sujetador. Dos días después de abandonar la clínica, por primera vez en sus veinticinco años de vida, fue a una tienda de ropa interior femenina y compró esa prenda de la que nunca antes había tenido necesidad. Ahora había cumplido veintiséis años y llevaba el sujetador con cierta satisfacción.

Se vistió con unos vaqueros y una camiseta negra con el texto *Consider this a fair warning*. Se puso las sandalias y su sombrero de playa y se colgó del hombro una bolsa negra de nailon.

De camino a la salida reparó en el murmullo de un pequeño grupo de clientes que se hallaba junto a la recepción. Aminoró el paso y aguzó el oído.

—*Just how dangerous is she?* —preguntó en voz alta una mujer negra con acento europeo. Lisbeth la reconoció como miembro del grupo del chárter de Londres que había llegado hacía diez días.

Freddie McBain, el canoso recepcionista que siempre solía saludar a Lisbeth Salander con una amable sonrisa, parecía preocupado. Explicó que iban a dar instrucciones a todos los clientes del hotel y que, si todos las seguían al pie de la letra, no había razón alguna para alarmarse. Su respuesta ocasionó un aluvión de preguntas.

Lisbeth Salander frunció el ceño y se dirigió al bar de fuera, donde encontró a Ella Carmichael tras la barra.

—¿Qué pasa? —preguntó señalando con el pulgar el grupo reunido junto a la recepción.

—Mathilda amenaza con visitarnos.

—¿Mathilda?

—Mathilda es un huracán que se formó ante la costa brasileña hace un par de semanas y que esta mañana ha pasado por Paramaribo, la capital de Surinam. No está claro qué rumbo va a tomar; probablemente más hacia el norte, hacia Estados Unidos. Pero si continúa por la costa con dirección oeste, entonces Trinidad y Granada se encuentran en su camino. Vamos, que puede que haga viento.

—Pensaba que la temporada de huracanes ya había pasado.

—Así es. Solemos tener avisos de huracanes en septiembre y octubre. Pero hoy en día hay tanto lío con el clima, el efecto invernadero y todo eso que uno no puede saber muy bien qué va a pasar.

—Vale. ¿Y cuándo se espera que llegue?

—Pronto.

—¿Hay algo que deba hacer?

—Lisbeth, con los huracanes no se juega. Hubo uno en los años setenta que provocó una enorme desolación aquí en Granada. Yo tenía once años y vivía en un pueblo de allí arriba, en Grand Etang, camino a Grenville. Jamás se me olvidará aquella noche.

—Mmm.

—Pero no te preocupes. Mantente cerca del hotel el sábado. Haz una maleta con las cosas que no desees perder —por ejemplo, ese ordenador con el que sueles jugar—, y prepárate para llevártela si recibimos órdenes de bajar al sótano de tormentas. Eso es todo.

—De acuerdo.

—¿Quieres beber algo?

—No.

Lisbeth Salander se fue sin decirle adiós. Ella Carmichael sonrió resignada. Le había llevado un par de semanas acostumbrarse a las rarezas de esa curiosa chica, y había llegado a entender que Lisbeth Salander no era borde, sino simplemente muy distinta de los demás. Pagaba sus copas sin protestar, se mantenía razonablemente sobria, iba a lo suyo y nunca montaba broncas.

El transporte público de Granada estaba compuesto, fundamentalmente, por unos minibuses decorados con gran imaginación que salían sin cumplir ningún horario ni cualquier otra formalidad. Y aunque de día iban y venían con bastante frecuencia, de noche resultaba prácticamente imposible desplazarse si no se disponía de coche propio.

Lisbeth Salander sólo tuvo que esperar un par de minutos junto a la carretera de Saint George's antes de que uno de los autobuses parara delante de ella. El conductor era un *rasta* y en el *sound system* del autocar sonaba a todo volumen *No Woman, No Cry*. Cerró los oídos, pagó su dólar y entró abriéndose camino entre una corpulenta señora de pelo canoso y dos chicos con uniforme colegial.

Saint George's estaba en una bahía con forma de u que conformaba The Carenage, el puerto interior. En torno a él se alzaban empinadas colinas con viviendas, viejos edificios coloniales y una fortificación, Fort Rupert, asentada en la punta de una escarpada roca.

Saint George's era una ciudad que había sido ensamblada de manera extremadamente compacta y densa, con calles estrechas y muchos callejones. Las casas trepaban por las colinas y no había más superficie horizontal que una cancha de *cricket*, en la parte norte de la

ciudad, que también hacía las veces de pista de carrera de caballos.

Lisbeth se bajó en pleno puerto y caminó hasta la tienda de MacIntyre's Electronics, situada en la cima de una breve cuesta muy pronunciada. Con raras excepciones, todos los productos que se vendían en Granada eran directamente importados de Estados Unidos o Inglaterra, de modo que costaban el doble que en otros lugares. Pero, a cambio, la tienda ofrecía aire acondicionado.

Por fin habían llegado las baterías de repuesto que había pedido para su Apple PowerBook, un G4 de titanio con una pantalla de 17 pulgadas. En Miami se había hecho con un ordenador de mano Palm, con teclado plegable, que le permitía leer el correo electrónico y que resultaba más fácil de transportar en su bolsa de nailon que su PowerBook, pero era un pésimo sustituto de la pantalla de 17 pulgadas. Sin embargo, el rendimiento de las baterías originales de éste había ido mermando: sólo duraban poco más de media hora, cosa que le resultaba muy engorrosa cuando quería sentarse en la terraza de la piscina. Por si fuera poco, el suministro eléctrico de Granada dejaba bastante que desear; durante las semanas que llevaba en la isla habían sufrido dos apagones. Pagó con una tarjeta de crédito de Wasp Enterprises, metió las baterías en la bolsa de nailon y volvió a salir al calor del mediodía.

Pasó por Barclays Bank, sacó trescientos dólares en efectivo y luego bajó al mercado y compró un manojito de zanahorias, media docena de mangos y una botella de un litro y medio de agua mineral. La bolsa de nailon se volvió considerablemente más pesada, y cuando regresó al puerto tenía hambre y sed. Al principio pensó en ir a The Nutmeg, pero la entrada del restaurante parecía estar completamente taponada por los clientes. Continuó hasta Turtleback, más tranquilo, en el otro extremo del puerto, donde se sentó en la terraza y pidió un plato

de calamares con patatas salteadas y una botella de Carib, la cerveza del lugar. Cogió un ejemplar del *Grenadian Voice*, el periódico local, y lo hojeó durante un par de minutos. El único artículo interesante era una dramática advertencia ante la posible llegada de Mathilda. El texto estaba ilustrado con una foto en la que se veía una casa destrozada, un recuerdo de los estragos causados por el último huracán que azotó el país.

Dobló el periódico, tomó un trago de Carib directamente de la botella y cuando se reclinó en la silla vio al hombre de la habitación 32, quien, desde el interior del bar, salía a la terraza. Llevaba un maletín marrón en una mano y un vaso grande de Coca-Cola en la otra. Sus ojos barrieron el lugar y pasaron por encima de ella sin reconocerla. Se sentó en el extremo opuesto y se puso a contemplar el mar.

Lisbeth Salander examinó al hombre de perfil. Parecía completamente ausente y permaneció inmóvil durante siete minutos antes de levantar el vaso y dar tres largos tragos. Dejó a un lado la bebida y continuó con la mirada puesta en el mar. Al cabo de unos instantes, Lisbeth abrió su bolsa y sacó su *Dimensions in Mathematics*.

A Lisbeth siempre la habían entretenido los rompecabezas y los enigmas. A los nueve años, su madre le regaló un cubo de Rubik. Puso a prueba su capacidad lógica durante casi cuarenta frustrantes minutos antes de darse cuenta, por fin, de cómo funcionaba. Luego no le costó nada girarlo correctamente. Jamás había fallado en los test de inteligencia de los periódicos: cinco figuras con formas raras y a continuación la pregunta sobre la forma que tendría la sexta. La solución siempre le resultaba obvia.

En primaria había aprendido a sumar y restar. La

multiplicación, la división y la geometría se le antojaban una prolongación natural de esas operaciones. Podía hacer la cuenta en un restaurante, emitir una factura y calcular la trayectoria de una granada de artillería lanzada a cierta velocidad y con un determinado ángulo. Eran obviedades. Antes de leer el artículo en *Popular Science* nunca, ni por asomo, le habían fascinado las matemáticas, ni siquiera había reflexionado sobre el hecho de que la tabla de multiplicar fuera parte de las matemáticas. Para ella era una cosa que memorizó en el colegio en tan sólo una tarde, y no podía entender por qué el profesor se pasó un año entero dándoles la lata con lo mismo.

De repente intuyó la inexorable lógica que sin duda debía ocultarse tras las fórmulas y los razonamientos presentados, lo cual la condujo a las estanterías de matemáticas de la librería universitaria. Pero hasta que no se sumergió en *Dimensions in Mathematics* no se abrió ante ella un mundo completamente nuevo. En realidad, las matemáticas eran un rompecabezas lógico que presentaba infinitas variaciones, enigmas que se podían resolver. El truco no radicaba en solucionar problemas de cálculo. Cinco por cinco siempre eran veinticinco. El truco consistía en entender la composición de las distintas reglas que permitían resolver cualquier problema matemático.

Dimensions in Mathematics no era un simple manual para aprender matemáticas, sino un tocho de mil doscientas páginas sobre la historia de las matemáticas, que abarcaba desde los antiguos griegos hasta las tentativas actuales por dominar la astronomía esférica. Era considerado la Biblia, y comparable a lo que en su día representó (y en la actualidad lo seguía haciendo) la *Arithmetica* de Diofantos para los matemáticos serios. Cuando abrió por primera vez *Dimensions* en la terraza del hotel de Grand Anse Beach fue transportada de inmediato al mágico

mundo de los números gracias a un libro escrito por un autor que no sólo poseía dotes pedagógicas sino también la capacidad de entretener al lector con anécdotas y problemas sorprendentes. Así había podido seguir la evolución de las matemáticas desde Arquímedes hasta el actual *Jet Propulsion Laboratory* de California. Y entendió los métodos que usaban para resolver los problemas.

El teorema de Pitágoras ($x^2 + y^2 = z^2$), formulado aproximadamente en el año 500 antes de Cristo, se convirtió en una experiencia reveladora. De repente comprendió el significado de lo que había memorizado en séptimo curso, en una de las pocas clases a las que había asistido. «En un triángulo rectángulo, la hipotenusa al cuadrado es igual a la suma del cuadrado de los catetos.» Le fascinaba el descubrimiento de Euclides (año 300 antes de Cristo), según el cual un número perfecto siempre es «un múltiplo de dos números, donde uno de los números es una potencia de 2 y el otro está compuesto por la diferencia que hay entre la siguiente potencia de 2 y 1». Se trataba de un refinamiento del teorema de Pitágoras y ella se dio cuenta de sus infinitas combinaciones.

$$6 = 2^1 \times (2^2 - 1)$$

$$28 = 2^2 \times (2^3 - 1)$$

$$496 = 2^4 \times (2^7 - 1)$$

$$8128 = 2^6 \times (2^8 - 1)$$

Y así podía seguir hasta el infinito sin encontrar ningún número que incumpliera la regla. Era una lógica que complacía la querencia de Lisbeth Salander por lo absoluto. Arquímedes, Newton, Martin Gardner y otros matemáticos clásicos fueron cayendo uno tras otro, página a página.

Luego llegó al capítulo sobre Pierre de Fermat, cuyo enigma matemático, el teorema de Fermat, llevaba siete

semanas asombrándola, un tiempo que, no obstante, era más que modesto teniendo en cuenta que Fermat estuvo sacando de quicio a los matemáticos durante casi cuatrocientos años antes de que un inglés llamado Andrew Wiles, en una fecha tan reciente como 1993, consiguiera resolver el rompecabezas.

El teorema de Fermat era un problema engañosamente sencillo.

Pierre de Fermat nació en 1601 en Beaumont-de-Lomagne, en el suroeste de Francia. Por irónico que pueda parecer, ni siquiera era matemático, sino un funcionario del Estado que, en su tiempo libre, se dedicaba a las matemáticas como una especie de extraño *hobby*. Aun así se le consideraba uno de los matemáticos autodidactas más dotados de todos los tiempos. Al igual que Lisbeth Salander, le gustaba resolver rompecabezas y enigmas. Le divertía especialmente tomar el pelo a otros matemáticos planteándoles problemas sin darles la solución. El filósofo Descartes se refería a él con una serie de despectivos epítetos, mientras que su colega inglés John Wallis lo llamaba «ese maldito francés».

En la década de 1630 apareció una traducción francesa de la *Arithmetica* de Diofantos, que contenía una relación completa de las teorías numéricas formuladas por Pitágoras, Euclides y otros matemáticos de la Antigüedad. Fue al estudiar el teorema de Pitágoras cuando Fermat, en un arrebato de completa genialidad, planteó su inmortal problema. Formuló una variante del teorema de Pitágoras. Fermat transformó el cuadrado ($x^2 + y^2 = z^2$) en un cubo ($x^3 + y^3 = z^3$).

El problema residía en que la nueva ecuación no parecía poder resolverse con números enteros. Lo que Fermat había hecho, por consiguiente, era convertir, mediante un pequeño cambio teórico, una fórmula con infinidad de soluciones perfectas en otra que conducía a un callejón sin salida. Su teorema era precisamente ése:

Fermat afirmaba que en todo el infinito universo de los números no había un número entero cuyo cubo pudiera definirse como la suma de dos cubos, y que eso se extendía a todos los números cuya potencia fuera mayor de dos; es decir, justamente el teorema de Pitágoras.

Los demás matemáticos no tardaron en admitir que, en efecto, así era. A través del *trial and error* pudieron constatar que resultaba imposible encontrar un número que refutara la afirmación de Fermat. Sin embargo, el problema era que, aunque continuaran contando hasta el fin del mundo, no podrían probar con todos los números existentes —ya que son infinitos— y, por lo tanto, los matemáticos no podrían estar seguros del todo de que el siguiente número no echara por tierra el teorema de Fermat. Porque, en matemáticas, las afirmaciones han de ser comprobadas matemáticamente y expresadas con una fórmula universal y científicamente correcta. El matemático tiene que ser capaz de subirse a un podio y pronunciar las palabras «es así porque...».

Fermat, fiel a su costumbre, se burló de sus colegas. En uno de los márgenes de su ejemplar de la *Arithmetica*, el genio hizo unas descuidadas anotaciones al planteamiento del problema y terminó escribiendo unas líneas: *Cuius rei demonstrationem mirabilem sane detexi hanc marginis exiqualitas non caperet*. Las palabras se convirtieron en inmortales en la historia de la matemática: «Tengo una prueba verdaderamente maravillosa para esta afirmación, pero el margen es demasiado estrecho para contenerla».

Si su intención era que sus colegas montaran en cólera, lo logró con creces. Desde 1637, prácticamente cualquier matemático que se preciara había dedicado largo tiempo, a veces demasiado, a intentar hallar la prueba de Fermat. Generaciones enteras de pensadores fracasaron por completo hasta que Andrew Wiles dio con la solución en 1993. Llevaba veinticinco años refle-

xionando sobre el enigma; los diez últimos casi a tiempo completo.

Lisbeth Salander estaba absolutamente perpleja.

En realidad, no le interesaba nada la respuesta. Lo que le fascinaba era la forma de dar con ella. Cuando alguien le planteaba un enigma, ella lo solucionaba. Antes de comprender los principios de los razonamientos, tardaba lo suyo en resolver los misterios matemáticos, pero siempre deducía la respuesta correcta antes de mirar la solución.

De modo que, una vez leído el teorema de Fermat, sacó una hoja y se puso a emborronarla con números. Pero fracasó en su intento de dar con la prueba.

Se negó a mirar la respuesta y, por tanto, se saltó el pasaje donde se presentaba la solución de Andrew Wiles. En su lugar terminó el *Dimensions* y constató que ningún otro problema de los que se presentaban en el libro le había supuesto una gran dificultad. Luego, día tras día, volvió al enigma de Fermat, con una creciente irritación, mientras cavilaba sobre la «maravillosa prueba» a la que podría haberse referido Fermat. No hacía más que entrar en un callejón sin salida tras otro.

Alzó la vista cuando el hombre de la habitación 32 se levantó de improviso y se dirigió a la salida. Lisbeth consultó de reojo su reloj y constató que él llevaba más de dos horas y diez minutos sentado en el mismo sitio.

Ella Carmichael le sirvió la bebida en la barra y constató que esas cursiladas de cócteles de color rosa con ridículas sombrillitas no iban con Lisbeth Salander; ella siempre pedía lo mismo: ron con Coca-Cola. Excepto una sola noche en la que Salander estaba algo rara y cogió tal borrachera que Ella tuvo que pedirle a un ayudante que la llevara en brazos a la habitación, solía tomar *caffè latte*, alguna que otra copa, o Carib, la cerveza

local. Como ya venía siendo habitual, se sentó en el extremo derecho de la barra, alejada de los demás, y abrió un libro con peculiares fórmulas matemáticas, lo cual, a ojos de Ella Carmichael, constituía una extraña elección literaria para una chica de su edad.

También se percató de que Lisbeth Salander no tenía el más mínimo interés por ligar. Los pocos hombres que se le habían acercado con esa intención habían sido rechazados amablemente pero con determinación, aunque en una ocasión despachó a uno de forma poco educada. Sucedió con Chris McAllen, quien, a decir verdad, no era más que un chulo local que se merecía que alguien le diera una buena paliza. De modo que Ella no se mostró demasiado indignada por el hecho de que, inexplicablemente, hubiera tropezado y se cayera a la piscina después de haberse pasado la noche entera incordiando a Lisbeth Salander. En favor de MacAllen había que añadir, no obstante, que no era rencoroso. Regresó la noche siguiente, sobrio ya, e invitó a Lisbeth Salander a una cerveza que ella, tras una breve vacilación, aceptó. A partir de entonces, se saludaban educadamente cuando se cruzaban en el bar.

—¿Todo bien? —preguntó Ella.

Lisbeth Salander asintió con la cabeza y cogió su copa.

—¿Alguna novedad sobre Mathilda? —inquirió Lisbeth.

—Viene hacia aquí. Tal vez pasemos un fin de semana realmente desagradable.

—¿Cuándo lo sabremos?

—De hecho, hasta que no haya pasado. Puede dirigirse directamente a Granada y decidir girar hacia el norte justo al llegar.

—¿Tenéis huracanes a menudo?

—Van y vienen. En general pasan de largo; si no, la isla no existiría. Pero no tienes por qué preocuparte.

—No estoy preocupada.

De repente escucharon una carcajada y volvieron la cabeza hacia la señora de la habitación 32, que parecía divertirse con lo que su marido le contaba.

—¿Quiénes son?

—¿El doctor Forbes? Son unos americanos de Austin, Texas.

Ella Carmichael pronunció la palabra «americanos» con cierto desprecio.

—Ya sé que son americanos. Pero ¿qué hacen aquí? ¿Él es médico?

—No, no se trata de esa clase de doctores. Está aquí por la Fundación Santa María.

—¿Y eso qué es?

—Financian la educación de los niños dotados. Es un hombre bueno. Está negociando con el ministerio de Educación la construcción de un nuevo colegio en Saint George's.

—Es un hombre bueno que pega a su mujer —dijo Lisbeth Salander.

Ella Carmichael se calló y le echó una incisiva mirada a Lisbeth antes de ir al otro extremo de la barra para servir unas Carib a unos clientes locales.

Lisbeth permaneció en el bar diez minutos inmersa en *Dimensions*. De niña ya se había dado cuenta de que tenía una memoria fotográfica que la diferenciaba notablemente de sus compañeros. Nunca se lo había revelado a nadie, salvo a Mikael Blomkvist en un momento de debilidad. Ya se sabía de memoria el texto de *Dimensions*, pero más que nada lo llevaba consigo porque representaba un contacto visual con Fermat, como si la obra se hubiese convertido en un talismán.

Pero esa noche no era capaz de concentrarse ni en Fermat ni en su teorema. En su lugar vio ante sí la imagen del doctor Forbes sentado inmóvil en The Carenage con la mirada fija en el mar.

No podía explicar por qué sintió de repente que había algo que no encajaba.

Al final cerró el libro y volvió a su habitación, donde encendió su PowerBook. No podía navegar por Internet. El hotel no disponía de banda ancha, pero ella tenía un módem integrado que podía conectar con su móvil Panasonic y que le permitía enviar y recibir correo electrónico. Escribió uno a toda prisa a <plague_xyz666@hotmail.com>:

No tengo banda ancha. Necesito información sobre un tal doctor Forbes, de la Fundación Santa María, y su esposa, residentes ambos en Austin, Texas. Pago quinientos dólares a quien investigue. Wasp

Adjuntó su clave PGP oficial, encriptó el correo con la clave PGP de *Plague* y pulsó la tecla de enviar. Luego miró el reloj y constató que eran poco más de las siete y media de la tarde.

Apagó el ordenador, cerró la habitación con llave y bajó hasta la playa, donde paseó cuatrocientos metros. Cruzó la carretera que iba hasta Saint George's y llamó a la puerta de un cobertizo que había detrás de The Coconut. George Bland tenía dieciséis años y era estudiante. Quería ser médico o abogado, o tal vez astronauta, y era, más o menos, tan flaco y casi tan bajo como Lisbeth Salander.

Lisbeth lo conoció en la playa durante la primera semana, un día después de haberse ido a vivir a Grand Anse. Había estado paseando y se sentó a la sombra de unas palmeras, donde se puso a mirar a unos niños que jugaban al fútbol en la orilla. Había abierto *Dimensions* y estaba absorta en el libro cuando llegó él y se sentó a tan sólo unos metros delante de ella, sin reparar, aparentemente, en su presencia. Ella le observaba en silencio. Un chico delgado con sandalias, pantalones negros y camisa blanca.

Al igual que ella, abrió un libro en el que se zambu-

lló. Al igual que ella, estudiaba un libro de matemáticas: *Basics 4*. Leía con suma concentración y empezó a escribir en un cuaderno. Pasaron unos cinco minutos antes de que Lisbeth carraspeara y él advirtiera su presencia y, presa del pánico, se levantara a toda prisa. Pidió disculpas por haberla molestado; ya se estaba alejando de allí cuando Lisbeth le preguntó si eran problemas complicados.

Álgebra. Dos minutos más tarde, ella le había señalado un error fundamental en sus cálculos. Al cabo de treinta minutos ya habían hecho los deberes. Una hora después ya habían repasado el siguiente capítulo del libro y ella le había explicado pedagógicamente los trucos que se escondían tras las operaciones matemáticas. Él la contemplaba con un respeto reverencial. Al cabo de dos horas ya le había contado que su madre vivía en Toronto, Canadá, que su padre vivía en Grenville, en la otra punta de la isla, y que él vivía en un cobertizo al final de la playa. Era el benjamín de la familia; tenía tres hermanas mayores que él.

Lisbeth Salander halló su compañía extrañamente relajante. La situación era poco habitual. Ella nunca o casi nunca solía iniciar un diálogo por el simple hecho de hablar. No se trataba de timidez. Para ella la conversación tenía una función práctica: «¿Dónde está la farmacia?» o «¿Cuánto cuesta la habitación?». Aunque también una función profesional. Cuando trabajó para Dragan Armaskij como investigadora en Milton Security, no tuvo problema alguno en mantener largas entrevistas para obtener información.

En cambio, odiaba las charlas personales que siempre pretendían hurgar en lo que ella consideraba asuntos privados. «¿Cuántos años tienes?» «Adivina.» «¿Te gusta Britney Spears?» «¿Quién?» «¿Te gustan los cuadros de Carl Larsson?» «Nunca me lo he planteado.» «¿Eres lesbiana?» «No es asunto tuyo.»

George Bland era torpe y tenía un alto concepto de sí mismo, pero era educado e intentaba mantener una conversación inteligente sin competir con ella y sin meterse en su vida privada. Al igual que Lisbeth, parecía encontrarse solo. Por curioso que pueda resultar, daba la impresión de que no le extrañaba que una diosa de las matemáticas hubiera bajado a Grand Anse Beach, y se mostraba contento con el hecho de que ella quisiera hacerle compañía. Tras pasar varias horas en la playa, se levantaron cuando el sol alcanzó el horizonte. De camino al hotel de Lisbeth, él le señaló el cobertizo donde vivía durante el curso y, no sin cierta vergüenza, le preguntó si podía invitarla a tomar un té. Ella aceptó, lo cual pareció sorprenderle.

La vivienda era muy sencilla; un cobertizo con una mesa desvencijada, dos sillas, una cama y un armario para su ropa y la de cama. La única iluminación procedía de una pequeña lámpara de escritorio conectada a un cable que iba a The Coconut. La cocina consistía en un camping gas. Preparó una cena a base de arroz y verduras, que sirvió en platos de plástico. También la invitó, audazmente, a fumar la sustancia local prohibida, que ella también aceptó.

Lisbeth se percató sin ninguna dificultad de que a él le turbaba su presencia y de que no sabía muy bien cómo comportarse. Ella tuvo el impulso de dejarse seducir. Eso se convirtió en un proceso dolorosamente complicado en el que él, sin duda, había entendido las señales emitidas por Lisbeth, pero no tenía ni idea de cómo debía actuar. Empezó a andarse con rodeos hasta que ella perdió la paciencia, lo tiró sobre la cama y, decidida, se quitó la ropa.

Era la primera vez que se mostraba desnuda ante alguien desde la operación que se hizo en Génova. Había abandonado la clínica con una leve sensación de pánico. Le llevó un buen rato darse cuenta de que ni una sola

persona la estaba mirando. Normalmente, a Lisbeth Salander le importaba un bledo lo que los demás opinaran de ella, de modo que se quedó pensando por qué de repente se sentía tan insegura.

George Bland había sido un estreno perfecto para su nuevo yo. Cuando él (después de una cierta dosis de ánimo por parte de Lisbeth) consiguió finalmente quitarle el sujetador, apagó inmediatamente la lámpara de la mesilla antes de empezar a desvestirse. Lisbeth había comprendido que era tímido pero encendió de nuevo la lámpara. Ella observó detenidamente sus reacciones cuando empezó a tocarla torpemente. No se relajó hasta bien entrada la noche, cuando constató que él creía que sus pechos eran completamente naturales. No obstante, no parecía muy ducho en la materia.

Ella no había ido a Granada con la idea de encontrar un amante adolescente. Aquello no fue más que un simple capricho y cuando esa noche lo abandonó ya tenía decidido no volver. Pero al día siguiente se encontraron de nuevo en la playa y lo cierto es que sintió que el torpe joven era una compañía agradable. Durante las siete semanas que llevaba en Granada, George Bland se había convertido en un punto fijo de su existencia. De día no se veían, pero él siempre pasaba las tardes en la playa hasta que el sol se ponía. Y por las noches estaba solo en su cobertizo.

Ella constató que cuando paseaban juntos parecían dos adolescentes. *Sweet sixteen*.

Probablemente él considerara que la vida se había vuelto más interesante. Había conocido a una mujer que le daba lecciones de matemáticas y erotismo.

Abrió la puerta y le mostró una encantadora sonrisa.
—¿Quieres compañía? —preguntó ella.

Lisbeth Salander dejó a George Bland poco después de las dos de la madrugada. Tenía una agradable sensa-

ción en el cuerpo y decidió pasear por la playa en vez de regresar al Keys Hotel por el camino. Andaba sola en la oscuridad, consciente de que, a unos cien metros, George Bland la estaba siguiendo.

Siempre lo hacía. Lisbeth nunca se quedaba a dormir y él a menudo protestaba enérgicamente por el hecho de que una mujer completamente sola regresara a su hotel en plena noche, e insistía en que su deber era acompañarla. Sobre todo porque a menudo se les hacía muy tarde. Lisbeth Salander solía escuchar sus explicaciones antes de zanjar la discusión con un simple no. «Yo camino por donde quiero cuando quiero. *End of discussion*. Y no, no quiero escolta.» La primera vez que se dio cuenta de que él la seguía, Lisbeth se irritó muchísimo. Pero ahora pensaba que su instinto de protección tenía cierto encanto; por eso hacía como si no supiera que iba detrás de ella y que no se daría la vuelta hasta que no la hubiera visto entrar por la puerta del hotel.

Lisbeth se preguntaba qué haría él si, de repente, una noche la atacaran.

Por su parte, pensaba hacer uso del martillo que había comprado en la ferretería de MacIntyre y que guardaba en el bolsillo exterior de su bolso. Había pocas situaciones de amenaza física que el uso de un martillo en condiciones no pudiera solucionar, pensaba Lisbeth Salander.

Era una noche de luna llena y rutilantes estrellas. Lisbeth alzó la vista e identificó a Regulus en la constelación de Leo cerca del horizonte. Casi había llegado al hotel cuando se paró en seco. De pronto, algo más abajo, en la playa, divisó a una persona cerca de la orilla. Era la primera vez que veía un alma viviente en la playa de noche. Aunque se hallaba a unos cien metros de distancia, Lisbeth no tuvo ninguna dificultad en identificar al hombre a la luz de la luna.

Era el honorable doctor Forbes de la habitación 32.

Se echó rápidamente a un lado y permaneció quieta, oculta tras una fila de árboles. Al darse la vuelta, no vio a George Bland. La silueta junto a la orilla deambulaba lentamente de un lado para otro. Estaba fumando un cigarrillo. A intervalos regulares se detenía y se inclinaba como si inspeccionara la arena. La pantomima continuó durante veinte minutos antes de que, de improviso, cambiara de dirección y, con pasos apresurados, se dirigiera a la entrada del hotel que daba a la playa para, acto seguido, desaparecer.

Lisbeth esperó un par de minutos antes de acercarse al lugar donde el doctor Forbes había estado caminando. Examinó el suelo describiendo lentamente un semicírculo. Sólo vio arena, piedras y conchas. Dos minutos después interrumpió su inspección y subió al hotel.

Salió al balcón, asomó el cuerpo por encima de la barandilla y miró de reojo el balcón de al lado. Todo estaba en silencio. Por lo visto, la pelea de esa noche ya se había acabado. Al cabo de un rato cogió su bolso, buscó un papel y se preparó un porro con las provisiones que George Bland le había suministrado. Se sentó en una silla del balcón y dirigió la mirada hacia las oscuras aguas del mar caribeño mientras fumaba y reflexionaba.

Se sentía como un radar en estado de máxima alerta.